

## PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN Y *DE MADRID A NÁPOLES*: ANÁLISIS DE VARIANTES TEXTUALES

RESUMEN: En el período que media entre 1861 y 1886, siendo aquel año el de la primera edición de *De Madrid a Nápoles* y este el de su tercera y última revisión, la ideología de Alarcón acusa los vaivenes de las vicisitudes políticas españolas. A lo largo de este trabajo, consideramos las adiciones, omisiones y variantes que muestran las distintas ediciones de esta obra (aunque limitando el análisis al Libro I en el que se describe la París del Segundo Imperio), que si bien obedecen en numerosos casos a una depuración estilística del texto, son también el resultado del progresivo encasillamiento del escritor en una posición conservadora radical.

PALABRAS CLAVE: ecdótica || literatura de viajes || Francia || capitalismo || lucha de clases

ABSTRACT: In the period comprised between 1861, the year in which the travel book *De Madrid a Nápoles* was first published, and 1886, when the third and final revision of this text was carried out, Alarcón's ideology was influenced by the vicissitudes of Spain's political situation. This study takes into account additions, omissions and variant readings that emerge from a comparison between the three editions (limiting this analysis to Book 1, in which Paris under the French Second Empire is described). In most cases these variants were the result of Alarcón's stylistic awareness, but were also a consequence of his increasingly rigid ideology that was to isolate the author in a radical conservative position.

KEYWORDS: textual criticism || travel literature || France || capitalism || class conflict

Todo lector que haya dado en cotejar ediciones distintas de obras de Pedro Antonio de Alarcón, habrá advertido la labor intensa de revisión a la que este sometía sus textos antes de imprimirlos de nuevo. Ello constituye un hábito de escritura constante y sobre el que José F. Montesinos no pasó por alto: «Don Pedro Antonio jamás pudo ver una nueva prueba de algo suyo sin modificarlo, alterarlo, amplificarlo o recortarlo, y ello no solo cuando las versiones estaban separadas por largos años, sino que pudo ocurrir al cabo de pocos meses» (1977: 50).

Dicha labor de revisión afecta tanto a los textos que se adscriben al género de ficción como a aquellas obras vinculadas al medio periodístico, cuya frecuencia de publicación se intensificó en el período comprendido entre los años 1859-1874 (Montesinos, 1977: 185)<sup>1</sup>. Así lo documentamos en *De Madrid a Nápoles* [MN], que contiene el diario de viaje a la Italia del Risorgimento y que el guadijeño sometió a ajuste concienzudo en cada una de las tres ediciones que se publicaron bajo su supervisión en los años de 1861, 1878 y 1886. Se puede apreciar el alcance de este trabajo de refundición compositiva al cotejar los respectivos párrafos con los que da inicio la obra mencionada<sup>2</sup>:

### MN 1861

### MN 1878

### MN 1886

[11] El día 29 de agosto de 1860, a las ocho y media de la noche, [6] El día 29 de agosto de 1860, a las ocho y media de la noche, [7] El día 29 de agosto de 1860 salí de Madrid en el tren correo

<sup>1</sup> En este periodo, Alarcón dio a su labor periodística una importancia que superaba la que podía derivar de su producción como novelista (López, 2013: 195-196).

<sup>2</sup> La extensión del texto en las primeras dos ediciones es similar, mientras que hemos calculado que Alarcón lo abrevió en torno a un 20% en la versión definitiva. Cifrándonos al Libro 1 centrado en Francia, que es el episodio al que nos aproximamos en este artículo, los valores en caracteres [car.] son los siguientes: MN 1861 = car. 171504; MN 1878 = car. 169362 (disminución equivalente al 1,24%); MN 1886 = car. 134123 (reducción del 21,8% respecto a la primera edición y del 20,85 respecto a la segunda).

salí de Madrid en el tren-correo con dirección a Valencia, a donde llegué al día siguiente a las doce de la mañana.

Valencia era para mí una antigua conocida y hasta una amiga si queréis. Por otro lado, yo la he descrito ya muchas veces en prosa y verso. Haré, pues, esta vez lo que hice aquel día; que fue entrar por una puerta y salir por otra, después de haber visado mi pasaporte en el consulado de Francia y de haber tomado mi pasaje en el vapor *Philippe-Auguste*, de las Mensajerías Imperiales, que debía partir aquella tarde para Marsella.

A eso de las cinco encontrábame ya a bordo. Tomé posesión del camarote en que había de vivir dos días y subí sobre cubierta a hacer lo que hace toda persona bien nacida cuando abandona su patria: a mirarla con ojos de amor hasta perderla de vista.

A las seis levamos anclas y el vapor se puso en movimiento.

salí de Madrid en el tren-correo con dirección a *Valencia*, a donde llegué al día siguiente a las doce de la mañana.

*Valencia* era para mí una antigua amiga. Entré, pues, por una puerta y salí por la otra, como Pedro por su casa, sin detenerme nada en la ciudad, y traslademe al *Grao*, a reanudar mis amores con la mar salada, antes de hacer formal entrega de mi persona.

A eso de las cinco, y después de muchas correrías por los buques surtos en el Puerto, atracó mi bote al costado del Vapor *Philippe Auguste*, que debía partir aquella tarde para Marsella, y en el cual tenía comprado pasaje. Tomé posesión del camarote en que había de vivir dos días y subí sobre cubierta a hacer lo que hace toda persona bien nacida cuando abandona su patria: a mirarla con ojos de amor hasta perderla de vista.

A las seis levamos anclas, y el Vapor se puso en movimiento.

con dirección a Valencia, y al día siguiente por la tarde me embarqué en el Vapor *Philippe Auguste*, que partió a las seis para Marsella.

A menudo estas variantes no tienen mayor trascendencia que la estilística, tal como se advierte también al someter a cotejo las distintas ediciones de otras de sus obras<sup>3</sup>. Con los cambios que el guadijeño introdujo en las obras de ficción se ha mostrado Montesinos poco clemente, pues considera que con frecuencia son soluciones que obedecen al capricho del momento, al característico *faprestismo* que el eximio investigador le atribuye y que se traduce en un «poner y quitar pormenores que a menudo nada explican y lo complican todo» (Montesinos, 1977: 97), algo poco excusable en textos narrativos donde se impone la necesidad de un plan previo. Por lo que se refiere a los textos de ámbito periodístico, a los que Montesinos no se aproxima<sup>4</sup>, opinamos que estos ajustes ejemplifican también estrategias que van en búsqueda de una economía del texto o que son consecuencia de la aplicación de apuestas redaccionales con las que infundir mayor eficacia descriptiva, forzar la verosimilitud o bien atenuar excesos postrománticos. Numerosas variantes derivan también de la necesidad de efectuar correcciones de naturaleza lingüística con las que Alarcón subsana distracciones, da mayor coherencia lógica al relato o sencillamente pretende adaptarse a una lectura que fluya con mayor naturalidad. Son reescrituras que se suceden de manera incesante y de las

<sup>3</sup> Por lo que se refiere a *El Niño de la Bola*, vid. el comentario de Ignacio Javier López en su edición anotada de la novela (2014: 104-105).

<sup>4</sup> Sus citas de MN derivan exclusivamente de la edición en *Obras completas* y se deduce que no tuvo acceso a ediciones precedentes, pues admite que «ya hay anticipaciones de sus tesis en *De Madrid a Nápoles*, aunque no sé si en la primera edición» (Montesinos, 1977: 212).

que proporcionamos un ejemplo que extraemos asimismo de las páginas iniciales: «Yo pasé sobre cubierta casi toda esta segunda noche» (MN 1861: 14) → «No pude dormir, pues, y la pasé toda sobre cubierta» (MN 1878: 7 y MN 1886: 9). Como se ve, la versión final es el resultado de tres operaciones conjuntas: la eliminación del pronombre personal en función de sujeto (lo que constituye una operación que llevará a cabo de manera sistemática en el curso de la segunda edición y que completará en la última)<sup>5</sup>, la explicitación del motivo de la insomnia y la introducción del conector lingüístico de consecuencia.

Caben en otra tipología de variantes las adiciones con las que Alarcón proporciona datos que juzga pertinentes para las jóvenes generaciones de lectores, como si tomara conciencia de que acontecimientos de los que fue testigo directo veinticinco años atrás no necesariamente son conocidos por todos en 1886. Considérese, al respecto, el siguiente pasaje en el que el escritor reaviva el recuerdo de la campaña de África mediante una sintética acotación cronológica final que ancla el texto en el tiempo:

MN 1861	MN 1878	MN 1886
[13] Como ya habréis sospechado, toda esta gente formaba un pintoresco y singularísimo cuadro que me traía a la memoria mi vida de Tetuán y los espectáculos inolvidables del segundo período de la guerra de Marruecos.	[6] Toda esta gente formaba un pintoresco, singularísimo cuadro, que me traía a la memoria mi vida de Tetuán, o sea los inolvidables espectáculos del segundo período de nuestra Guerra de África.	[8] Toda esta gente formaba pintorescos cuadros que me traían a la memoria mi reciente vida de Tetuán, o sea los grandes espectáculos de nuestra Guerra de África, terminada pocos meses antes.

Hay asimismo que precisar que Alarcón en 1886 advierte en ocasiones la necesidad de ajustar los tiempos verbales a la descripción de acciones personales que tuvieron lugar un cuarto de siglo antes, por lo que procede al reemplazo sistemático de presente de indicativo o de pretérito perfecto, lo que confiere al texto un potenciado valor añadido de evocación. Compárese la descripción de la llegada a París en cada una de estas versiones:

MN 1861	MN 1878	MN 1886
[30] La soberbia y monumental estación en que hemos echado pie a tierra no se encuentra, como parecía natural, a las puertas de París, sino muy dentro de la población, tocando a los mismos <i>boulevards</i> , que es como quien dice a la parte más bella y clásica de la moderna Babilonia. De aquí es que, al salir de aquel edificio, queda uno sorprendido agradablemente al verse en la confluencia de	[19] La soberbia y monumental Estación en que hemos echado pie a tierra no se encuentra, como parecía natural, a las puertas de París, sino muy dentro de la población, tocando a los mismos <i>boulevards</i> (que es como quien dice a la parte más bella y clásica de la moderna Babilonia); de lo cual resulta que, al salir de aquel edificio, queda uno sorprendido agradablemente al verse en la	[22] La monumental Estación en que habíamos echado pie a tierra no está situada, como parecía natural, a las puertas de París, sino muy dentro de la población, tocando a los mismos <i>boulevards</i> (que es como quien dice a la parte más bella y clásica de la moderna Babilonia); de lo cual resultó que, al salir de aquel edificio, quedé maravillado al verme en medio de la confluencia de

<sup>5</sup> En la versión de 1878 es perceptible el esfuerzo por atenuar el marcado “egocentrismo” de la primera edición, procediendo a la omisión casi sistemática de los pronombres de primera persona del singular. Montesinos (1977: 48) advirtió esa tendencia al narcisismo y exhibicionismo primordiales de Alarcón que deja marcas lingüísticas.

hermosísimas calles.

confluencia de hermosísimas hermosísimas calles [...].  
calles [...].

Cuando la revisión no tiene por finalidad la de adaptar el tiempo de la narración a la de las coordenadas temporales de la nueva edición, sino la de revisar el texto a la luz de las circunstancias históricas sucesivas, Alarcón introduce ocasionales notas a pie de página. De este modo procede cuando tras haber mencionado la anexión del Palacio de las Tullerías al Louvre, convertido en residencia del Emperador, opta por dejar el texto inalterado y escribir en una nota: «Ya no existen ni el Emperador, ni el Imperio, ni el Palacio» (MN 1886: 30 [n. 1]). Otras veces, temiendo que el tiempo transcurrido desde la primera redacción no justifique del todo el espacio que había dado al tratamiento de ciertos motivos, se decanta sencillamente por la omisión del pasaje. De este modo procede, por ejemplo, cuando contrapone la Francia de Napoleón Bonaparte a la de Napoleón III:

El imperio del primer Napoleón era más vasto que el de su sobrino; pero la voluntad de este es mucho más eficaz, más eficiente, más poderosa. Aquel reinaba nominalmente en media Europa: este la gobierna toda entera. El uno mandaba: el otro influye. Napoleón I conquistaba, dominaba, aprisionaba ejércitos y naciones: Napoleón III lo descompone, lo disuelve, lo desorganiza todo. El difunto era una violencia: su heredero es una enfermedad (MN 1861: 34 y MN 1878: 22).

Para cuando Alarcón decide imprimir la segunda edición del texto, pasados apenas cinco años de la muerte del soberano, el Segundo Imperio era un período que el escritor andaluz sentía aún influyente en el momento en el que estaba acometiendo la revisión; para 1886, pocos argumentos podían justificar, en cambio, la conservación de esta reflexión anacrónica.

Alarcón se aplica a la labor de reescritura para lograr descripciones de mayor eficacia, y las variantes que se documentan de un mismo pasaje dan idea de un incesante trabajo de retoque que a menudo entraña un perfeccionamiento de la acción dramática de los personajes que entran en escena. Considérese el pasaje siguiente en el que las *entretenidas* que se hospedan en la casa de Mauricio el pescador, frente a la isla de Croissy, toman asiento en el jardín donde están almorzando Alarcón y su amigo Iriarte:

**MN 1861**

[48] Aconteció, pues, que las dos damas de los pies mojados decidieron en su alta sabiduría bajar de nuevo al jardín e instalarse al lado de una mesa, donde al poco rato les sirvieron el almuerzo.

**MN 1878**

[36] Aconteció, pues, que las dos damas de los pies mojados decidieron en su alta sabiduría bajar de nuevo al jardín e instalarse, no muy lejos de nosotros, al lado de otra mesa, donde al poco rato les sirvieron el almuerzo.

**MN 1886**

[45] Aconteció, pues, que las damas de los pies mojados decidieron en su alta sabiduría bajar de nuevo al jardín (sin mirarnos)... e instalarse, no muy lejos de nosotros, frente a otra mesa, donde al poco rato les sirvieron también de almorzar.

Confiere Alarcón una progresiva redondez psicológica a los personajes que acaban de entrar en escena, pues allí donde en la primera redacción se limitaba a constatar el acto de quien elige sitio y toma asiento, en la segunda edición el autor introduce el dato de que se sentaron cerca: las mujeres afectan, pues, indiferencia ante la inesperada presencia de la pareja de hombres en el hostel, pero buscan su proximidad confiando en el contacto. Una lógica de comportamiento que queda aún mejor definida en la tercera y última edición, donde se aclara que ocuparon su lugar en la glorieta sin que ni siquiera se dignaran mirarlos, con lo que el escritor perfila la penetración psicológica de los personajes que se muestran a través de sus

actos y no a través de los habituales retratos que tantas dificultades plantean, por regla general, a Alarcón (Montesinos, 1977: 245-246).

Por último llamamos la atención en el afán por reformular que caracteriza un buen número de las variantes que Alarcón introduce en su segunda edición, insatisfecho tal vez con lecturas presentes en 1861 (versión que recoge de manera menos selectiva las anotaciones tomadas de la cartera de viaje subyacente) que ha pulido en los diecisiete años que han transcurrido. El siguiente pasaje, que forma parte de un largo fragmento que se omitirá en la última edición, ejemplifica tal proceso de reformulación del mismo contenido textual:

**MN 1861**

[19] Volviendo a mi viaje, os diré que desde que puse el pie en Marsella eché de ver de golpe el atraso en que se encuentra España respecto de Francia en eso que se llama *civilización*, palabra de que hemos de analizar muy despacio en el curso de este libro.

**MN 1878**

[10-11] Volviendo a mi viaje, os diré que no bien puse el pie en Marsella dime cuenta de lo muy adelantados que están los franceses respecto de nosotros en punto a lo que se llama *civilización*.

Mientras que en el siguiente fragmento parece dominarle el anhelo por describir con mayor precisión léxica un concepto nebuloso que no acierta a traducir en palabras y que pone al descubierto una persistente insatisfacción expresiva:

**MN 1861**

[77] todos aspiraron a gozar cuanto les fuera posible dentro del plazo de su existencia finita.

**MN 1878**

[64] todos aspiraron a gozar cuanto les fuera posible dentro del plazo de su sentencia finita.

**MN 1886**

[83] todos aspiraron a gozar cuanto les fuera posible dentro del plazo de una vida finita.

Su celo de corrector caprichoso le lleva en algún caso aislado a recuperar veinticinco años más tarde soluciones que eran las de la primera edición, como cuando en 1861 encarece la belleza juvenil de Gioacchino Rossini a la de un «Apolo antiguo» (MN 1861: 63), recurre en la segunda edición a la comparación con «la hermosura de Antínoo» (MN 1878: 51)<sup>6</sup> y se decide finalmente por declarar que «su figura física no ha tenido nada que envidiar a la de Apolo» (MN 1886: 55). O también cuando en la edición definitiva opta por omitir la nota sarcástica con la que en 1878 describía a los enfermos ingresados en los hospitales franceses:

**MN 1861**

[71] En los hospitales me había sorprendido el lujo, el bienestar, el cuidado que rodea a los míseros enfermos.

**MN 1878**

[57] En los hospitales me había sorprendido el lujo, el bienestar y el cuidado que rodea a los míseros enfermos..., los cuales creían encontrarse allí por derecho propio, y pedían misericordia en el mismo tono que se invoca el cumplimiento de un artículo de la

**MN 1886**

[75] En los hospitales me habían conmovido el lujo y el bienestar que rodea a los desdichados enfermos...

---

<sup>6</sup> Cabe recordar el juicio crítico de Montesinos: «Resabios de mala literatura romántica, una vanidad infantil que hacía que Alarcón exhibiera a todo propósito su conocimiento de pinturas y esculturas famosas, malograron muchos de sus retratos cuando describía de intento y no seguía su instinto» (1977: 200).

## Constitución.

La ejemplificación de las distintas tipologías de variantes pone al descubierto su extremada naturaleza heterogénea, hasta el punto de que solo una edición crítica conseguirá ilustrar el alcance de la ambición perfeccionista del escritor accitano. En las páginas siguientes nos imponemos en cambio un propósito más modesto: aproximarnos al estudio de las omisiones, adiciones o ampliaciones que son el resultado de una maduración intelectual que se fragua en aquellos años en los que a su activismo unionista se suceden su presencia en la batalla del Puente de Alcolea, la experiencia testimonial del Sexenio (período en el que crea y dirige el periódico *La Política*) y el sucesivo advenimiento de la Restauración a la que adhiere con simpatía. El ideario del guadijeño evolucionará en el curso del tiempo, hasta el punto de que «pasa a considerarla [la literatura] como un instrumento de control social que con frecuencia toma la forma de una reflexión política» (López, 2008: 153); pero llegado el momento de refundir el texto para la serie de sus *Obras completas*, con las que legar a la posteridad la versión definitiva de sus textos, decide atenuar, por lo menos desde un punto de vista expresivo, su óptica radical que se contraponen al sentir de las décadas finales de su siglo. Así ha valorado Liberatori (que parece reparar en variantes que se registran entre la primera y la tercera ediciones, pasando en cambio por alto la de 1878) algunas de las omisiones que se dan en el curso del tiempo:

Nel confronto fra la prima edizione e quella inclusa nelle *O[bras] C[ompletas]* abbiamo notato che Alarcón, molto opportunamente, ha eliminato alcuni brani romanzeschi che ben difficilmente sarebbero stati accettati da un lettore di fine secolo; in altri casi, al contrario, i cambiamenti riguardano impressioni personali su fatti politici che avrebbero resa ancora piú difficile la sua posizione (1981: 66).

Limitaremos nuestro análisis a la descripción de su estancia parisina que se describe en el Libro 1 y que resulta relevante para caracterizar la actitud ideológica del autor<sup>7</sup>. Postulamos que en aquellos textos de Alarcón en los que hay una vinculación directa con el ejercicio del periodismo, y en los que es perceptible una toma de posición del autor frente a los acontecimientos de los que proporciona testimonio documental en sus crónicas, tales ajustes obedecen en un número discreto de casos a la revisión de su postura crítica frente a la realidad social de su tiempo y que terminaría encasillándole en posiciones extremas. Pocos textos de Alarcón son, en este sentido, más indicativos de su fluctuante conciencia crítica como *De Madrid a Nápoles*, al constituir el resultado de un viaje que entre el 29 de agosto de 1860 y el 11 de febrero de 1861 le llevará a la capital francesa, a los valles de la Alta Saboya, a Ginebra, al cantón suizo de Valais y finalmente a la Italia que está logrando su unificación política a costa del ocaso del poder temporal de la Iglesia. De manera inconsciente e irreflexiva, el escritor de Guadix se dirigirá a lo largo de este periplo al encuentro de sus propias contradicciones ideológicas: quien apenas cinco años atrás, al visitar los pabellones de la Exposición Universal de París (Alarcón, 1984: 99-132, Lasheras Peña, 2010: 401)<sup>8</sup>, se ha dejado

---

<sup>7</sup> Entre la descripción parisina y las de la realidad social con que tropieza Alarcón al poner pie en territorio italiano, hay sutiles diferencias: «En los *Libros* sobre Italia, en cambio [y a diferencia de la desilusión que deriva de cuanto ha advertido en la política del Segundo Imperio francés], las reflexiones ideológico-políticas no lo llenan todo: hay que buscarlas entre las impresiones que le sugiere la vista de ciudades o pueblos y, por ser menos frecuentes, resultan mucho más eficaces» (Liberatori, 1985: 304).

<sup>8</sup> No hay apenas recuerdo de esta primera estancia parisina en *De Madrid a Nápoles*. De ahí que nos llame la atención el hecho de que en la última versión, al desembarcar en la isla de Croissy y evocar las

contagiar por el entusiasmo ante los logros de la Revolución Industrial, cuya Exposición consagraba a Francia como «país rector de Europa» (Montesinos, 1977: 63), siente ahora el desengaño que le asalta al vagar por una metrópolis sumida en el materialismo, mientras que la euforia que le embarga ante el anhelo colectivo que estimula la unificación política de la Península italiana queda apenas contrarrestada por la inquietud que le produce la claudicante dominación pontificia. Para expresarlo con una frase de Montesinos en la que se sintetiza la inquietud existencial de Alarcón en su madurez: «Su mundo desaparecía y el nuevo mundo le daba miedo» (1977: 276).

Nos centramos acto seguido en aquellas adiciones que incluye el guadijeño en la última reescritura del texto. Teniendo en cuenta que Alarcón, en 1886, al revisar MN antes de incorporarlo a la serie definitiva de *Obras completas*, eliminará casi una cuarta parte del contenido publicado en la primera edición, y que la labor de reescritura obedece al propósito primordial de abreviar la extensión de la obra, resulta a nuestro juicio pertinente preguntarse por los motivos que llevaron al autor a introducir variantes que amplifican el texto, con la convicción de que tales cambios nos permitirán atisbar las convicciones ideológicas del guadijeño en la fase última de su vida. Desde esta perspectiva, consideramos adecuado aproximarnos en primer lugar al extenso Capítulo 8 del Libro 1, pues en sus páginas Alarcón intenta un balance de «cuarenta y tantos días de continuadas observaciones en una misma capital» (MN 1861: 61) y toma posición inequívoca ante una realidad metropolitana que lo ha turbado en el transcurso de sus «paseos filosóficos» (López, 2008: 165). Es un extenso fragmento, por lo demás, que el guadijeño revisó a fondo, hasta el punto de que decidió alterar la estructura y fragmentar su contenido, generando de este modo un ulterior Capítulo 9 («El humanismo» [MN 1886: 74-82]) ausente en las primeras dos ediciones. Al introducir esta división estructural, el autor añade como corolario del Capítulo 8 («La Rigolboche, Garibaldi y otros númenes» [MN 1886: 82-86]) el siguiente pasaje de transición en el que manifiesta de modo explícito aquellos principios que en las ediciones precedentes había optado por dejar subyacentes al texto:

Porque entonces, y solo entonces, me di entera cuenta de la enfermedad de nuestro siglo, o sea del cáncer que corroe a la moderna Europa; entonces, y solo entonces, me convertí repentinamente de demócrata en conservador, tomándole miedo al espíritu revolucionario de que tan prendado estuve en mi primera juventud y del que tan apartado había vivido luego, por instinto, durante seis años de inactividad política; y entonces también hallaron fórmula en mi conciencia las siguientes indiscutibles conclusiones (MN 1886: 82).

Alarcón ha examinado con ojo clínico la ciudad que apenas un lustro antes había erigido en símbolo del progreso de la sociedad industrializada. Teme ahora la metástasis del morbo que de manera tan manifiesta ha advertido en el comportamiento y actitud de los franceses que viven entregados al culto del dinero, al que supeditan todo principio ético. En su última

---

verbenas que organizaban en aquel paraje natural los remeros del Sena (o «bateleros de afición», como los denominará poco después), introduzca un dato que se hallaba ausente en las ediciones precedentes: «Mas digamos qué son estos *canotiers* del Sena, a quienes ya conocí en 1855, cuando vine por primera vez a Francia» (Alarcón, 1886: 39). En un pasaje añadido en la última edición del texto, hace referencia a otros viajes a la capital: «revela además una cosa terrible, de que en mis anteriores viajes a París había ya notado otros muchos síntomas» (1886: 45); recuérdese que por figurar entre los firmatarios de la «Petición de los ciento veintiuno», dirigida a Isabel II el 4 de octubre de 1866, tuvo Alarcón que exiliarse a Francia (López, 2008: 153 y Catalina, 1943: 1909).

revisión del texto define a los parisinos como «aquellos ciudadanos que solo aspiraban a ser ricos» (MN 1886: 75), con un sintagma adjetivo que constituye toda una adición meditada. El fragmento incorporado al final de este Capt. 8, anticipa catafóricamente la larga enumeración de males que propiciaron el triunfo del Enciclopedismo francés y el dominio indiscutible de la Razón, fundamentos de la sociedad contemporánea y en los que Alarcón advertirá por su parte, a lo largo del Capt. 9, la decadencia de una civilización regida exclusivamente por la doctrina cristiana y ante cuyo declive y pérdida de influencia en la sociedad siente una nostalgia que le causa intenso desasosiego existencial. A juzgar por estas adiciones incorporadas a la tercera y última edición, es este el rasgo de contenido más acusado que delata la evolución ideológica de sus años finales.

La imagen de la enfermedad cancerígena que mina el organismo que fue sano permea la descripción de una París amoral, en la que las clases obreras, alejadas de la doctrina cristiana, alientan por lo demás el estallido de la revolución social. De manera significativa, el Libro 1 (que en MN 1886 concluye con el mencionado Capt. 9) contiene en su última edición un corolario, relegado a nota final conclusiva de su paso por Francia, en el que el viajero accitano manifiesta de nuevo de manera ostentada sus convicciones más íntimas; aquellas que, como él mismo admite, nunca antes había tenido el coraje de poner por escrito:

«El que la puede aplicar [la medicina] está en Roma», añadía yo en el manuscrito original de *Madrid a Nápoles*. Pero no me atreví a imprimir tales palabras bajo el Pontificado de Pío IX, cuando aún humeaba la sangre de Castelfidardo...

Hoy, que es Papa León XIII, restablezco unas palabras que tanta luz dan al presente libro, del propio modo que acabo de revelar en la última edición de *La Alpujarra* la frase que dije al oído al cura de Albondón, tratando también de la cuestión social y religiosa.

«Democratizar la Iglesia» indiqué entonces (y he pensado siempre) que era el único remedio contra el Comunismo, hijo legítimo del Descreimiento y la Ignorancia (MN 1886: 86 [n. 1]).

La conciencia de estar poniendo orden en la edición definitiva de sus obras, que revisa confiando en los lectores del futuro, le lleva a este ejercicio de sinceridad<sup>9</sup>. Y es que Alarcón, cuando falta un lustro escaso para su muerte, tras haber renunciado a la escritura con el resentimiento de quien siente haber quedado marginado por la élite de la cultura española y haber sido condenado a la «conjuración del silencio» (una convicción recurrente en *Historia de mis libros*, epítome bibliográfico que lleva la fecha del 1 de Noviembre de 1884; vid. Alarcón, 1943: 26 y 27), emprende la tarea de revisión de sus textos confiando sus principios ideológicos a la posteridad. Un esfuerzo poco menos que vano, teniendo en cuenta que «puede decirse que en 1900 el nombre de Alarcón no tenía actualidad ni interés» (Soria Ortega, 1951: 45).

Registramos llamativas omisiones en el curso de los años y que afectan también a fragmentos de intensa crítica a la modernidad. En otoño de 1860 París se le presenta como paradigma de tiempos futuros<sup>10</sup> cuyo advenimiento teme Alarcón; y cuanto observa en sus

---

<sup>9</sup> Una actitud que quedaba más diluida en las dos ediciones precedentes, cuando se preguntaba retóricamente a sí mismo: «¿[...] cómo reniegas tú de la civilización, cómo te disgusta la prosperidad de la Francia, cómo te entristece la libertad y el bienestar del hombre; cómo te asustas; cómo te paras; cómo retrocedes? —Dime, desventurado, ¿te has hecho *neocatólico*?» (MN 1861: 75 y MN 1878: 62). Un fragmento, por cierto, que se omitió en la edición última.

<sup>10</sup> Concluye el autor recién llegado a la capital francesa: «Pekín y Londres son más extensos y más populosos que París. Pero no tienen su poder, su influencia, su fuerza de atracción. París lo invade todo



calles lo intimida, por cuanto le permite prever las influencias que terminarán llegando a la Península y transformando de manera radical a la sociedad española. La Francia desarrollada, que encabeza el progreso industrial, se ha desembarazado de los principios morales y de la religiosidad que educaba a las clases más desfavorecidas en la resignación consolatoria. Es esta otra de las ideas recurrentes que permean el texto del viajero accitano y que, en las dos primeras ediciones, se plasma en la imagen del árbol arrancado de un bosque a las afueras de la capital y que se transporta al Parque de las Tullerías «para que diera sombra a un banco de piedra que estaba muy expuesto al sol» (MN 1861: 76), un acontecimiento sin aparente trascendencia que desencadena en Alarcón una angustiada cavilación:

**MN 1861**

[76] Ese árbol ha tardado cincuenta años en crecer en *Saint-Denis*, y hoy el hombre le obliga a cambiar de sitio, improvisando de esta manera la sombra y la vegetación donde el cielo no las puso. He aquí como todo pierde su prestigio natural, su autenticidad sagrada, su genealogía divina. He aquí como todo se humaniza, se envilece, se desordena. Andando el tiempo de este modo, ¿en dónde se podrá encontrar una verdad? ¿Qué inspirará respeto? ¿Qué no será farsa? ¿Qué no será mentira? ¿Qué no será cálculo y utilitarismo?

**MN 1878**

[62] Ese árbol ha nacido y vivido cincuenta años en *Saint-Denis*, y hoy el hombre le obliga a cambiar de sitio, improvisando de esta manera la sombra y la vegetación donde primero se le antoja. He aquí como todo pierde su legitimidad natural, su autenticidad sagrada, su genealogía divina. He aquí como todo se humaniza, se prostituye y se desordena. Andando el tiempo de este modo, ¿en dónde se podrá encontrar una verdad? ¿qué inspirará respeto? ¿qué no será farsa? ¿qué no será rebelión de los mortales contra Dios?

Advierte en este «hecho tan sencillo» la soberbia del hombre contemporáneo que es capaz de violentar sin escrúpulos la naturaleza y de ese modo ponerse a la altura del Dios creador<sup>11</sup>, lo que con expresión lingüística más cruda (MN 1861 *envilecerse* → MN 1878 *prostituirse*) explicita de manera reiterada en la segunda edición, llegando hasta el punto de reemplazar (y, por tanto, privilegiar) en su razonamiento el enunciado final en el que apuntaba al materialismo de la sociedad francesa. Cabe plantearse, en cambio, los motivos que indujeron a que este extenso fragmento, en el que Alarcón deja testimonio de un incidente que le causó un gran impacto («he aquí que un día la cosa más insignificante en apariencia me reveló todo el misterio de mis encontradas sensaciones» [MN 1861: 75 y MN 1878: 62]), terminará siendo omitido en la edición definitiva. Al igual que tampoco se publicará en 1886 la extensa lamentación (MN 1861: 79-82 y MN 1878: 66-67) en la que Alarcón censura el hecho de que el hombre moderno viva de espaldas a Dios, suplantado en su potestad por un Estado que no pierde ocasión de favorecer el hedonismo existencial; y que culmina con la esperanza de que España (así, al menos, en la segunda edición donde trasluce una invectiva contra los

---

y todo se lo identifica [MN 1878 y 1886: “todo se lo asimila”]. Es el modelo imitado por los más remotos pueblos. Sus modas, sus costumbres y su literatura se infiltran lentamente en las cinco partes del mundo» (MN 1861: 32). Por más que en años sucesivos siente Alarcón el declive de la hegemonía cultural francesa frente al poderío de Inglaterra, omitiendo a partir de la segunda edición, cuando Napoleón II ya ha desaparecido, la conclusión a la que había llegado en otoño de 1860: «Consiguientemente, París es hoy la clave de la política de Europa y dispone a su placer de la paz del mundo» (MN 1861: 34).

<sup>11</sup> Lo que da pie a que Alarcón se refiera una y otra vez a París con el apelativo de «la moderna Babilonia» (MN 1861: 30 y 75; v.q. 32), que entraña a su vez la puesta en relación con la torre de Babel, generadora de confusión y obra de los hombres que aspiran a rivalizar con Dios.

partidarios del progreso) pueda permanecer inmune a la civilización portadora de muerte espiritual:

**MN 1861**

[81-82] ¡Ah! ¡Desventurados! —¡Desventurados de vosotros si no se os alcanza la razón de mi amarga ironía! —¡Desventurados de vosotros si no vivís la vida del espíritu, y si creéis que todo está hecho, desde el momento que se aumentan las comodidades corporales! ¡Desventurados de vosotros si no tenéis alma para sentir el frío de muerte que reina en nuestra flamante sociedad, y muy más desventurados si la tenéis!...

**MN 1878**

[66-67] ¡Ah! ¡Desventurados! ¡Desventurados de vosotros si no se os alcanza la razón de mi amarga ironía! Con vosotros hablo demócratas de España y de otras naciones, que ardéis en deseos de ver a vuestros compatriotas tan *civilizados* como los franceses. —¡Desventurados de vosotros si no vivís la vida del espíritu, y creéis que todo está hecho en una nación desde el momento que se aumentan los goces y las comodidades corporales! ¡Desventurados de vosotros si no tenéis alma para sentir el frío de muerte que reina en Francia, y muy más desventurados aquellos franceses que la tengan!...

Las llamativas omisiones que registramos en la edición de 1886 no pueden imputarse a la circunstancia de que Alarcón, en sus últimos años de vida, abandonara la visión teocrática con la que un cuarto de siglo antes enjuiciaba su modelo ideal de sociedad, aquella en que las clases más desfavorecidas viven confiadas en la recompensa que les aguarda tras la muerte y sufren por tanto con paciencia las miserias de su vida terrena (MN 1861: 77, MN 1878: 63 y MN 1886: 82), sino sencillamente a la voluntad de eliminar redundancias, en lo que concordamos con Miralles García (2011: 90). Postulamos que es este también el motivo por el que descarta reproducir su interpretación colorista de las revoluciones de 1789 y de 1848, cuyas causas ya han quedado suficientemente justificadas en las páginas que anteceden (MN 1861: 77-78 y MN 1878: 64).

Exacerba en la última revisión la descripción de clases antagónicas en lucha. En el texto que se edita en 1886 invierte, en contrapartida, un esfuerzo mayor en documentar el desorden de una sociedad materialista. En ella prospera una nueva fauna metropolitana en cuya descripción caricaturesca se recrea el escritor andaluz:

**MN 1861**

[71] En el *Hôtel del Louvre* había comido regiamente en una mesa redonda de trescientos cubiertos, donde se veían gentes de todas las naciones del globo...

**MN 1878**

[58] En el *Hôtel del Louvre* había comido regiamente en una mesa redonda de cuatrocientos cubiertos, donde se veían magnates de todas las naciones del globo...

**MN 1886**

[76] En el *Hôtel del Louvre* había comido *regiamente* en una mesa redonda de cuatrocientos cubiertos, que manejaban magnates de todas las naciones del globo, al lado de jugadores enriquecidos, pródigos contumaces, ladrones impunes, hermosuras demasiado célebres, y otras eminencias respetables o despreciables, a siete francos por persona.

Una escena que recuerda la de páginas iniciales, cuando tras haber embarcado Alarcón a bordo del buque de vapor *Philippe-Auguste*, contempla con gran curiosidad el cuadro que componen los pasajeros pintorescos que viajan rumbo a Marsella (MN 1861: 13, MN 1878: 5-6 y MN 1886: 7).

Los héroes de las obras narrativas del guadijeño son por lo general seres solitarios, cuya conducta ejemplar choca con la de la masa embrutecida. Así Fabián Conde en *El escándalo* (1875), que en busca del consuelo que solo podrá darle el Padre Manrique, pasa por entre la muchedumbre promiscua de quienes acuden, caminando en dirección opuesta, a los festejos del carnaval madrileño<sup>12</sup>. Quien ha sido protagonista desencantado de la Vicalvarada y testigo, con creciente mirada crítica, de las revueltas sociales que han jalonado la segunda mitad del siglo XIX, tanto en España como en el resto de países europeos<sup>13</sup>, se aproxima también con desconfianza y temor a las reivindicaciones de las nuevas clases obreras<sup>14</sup>, cuyos miembros son (como señalará en adición al texto definitivo) «enemigos de sus Principales...» (MN 1886: 76). Y si los enriquecidos por el régimen componen una masa pantagruélica que llena las salas del *Grand Hôtel du Louvre*, en la última edición del texto opta a su vez el viajero andaluz por degradar al obrero equiparándolo a una bestia que se ceba con pienso en la granja industrial<sup>15</sup>:

**MN 1861**

[71] En los *Establecimientos de Bouillon* había reverenciado aquella gran caldera llena de sopa, en torno de la cual se agitan al anochecer millares de parroquianos que comen, como quien dice, mecánicamente y al pie de fábrica...

**MN 1878**

[58] En los Establecimientos de *Bouillon* había reverenciado aquella gran caldera llena de sopa, en torno de la cual se agitan al anochecer millares de parroquianos que comen, como quien dice, mecánicamente y al pie de fábrica...

**MN 1886**

[76-77] En los Establecimientos de *Bouillon* había reverenciado aquella gran caldera, en torno de la cual se apilan al anochecer millares y millares de vergonzantes parroquianos, que comen, como si dijéramos, *mecánicamente* y al pie de fábrica..., a modo de irracionales que toman el pienso.

Con el paso de los años se intensifica la crítica a la sociedad civilizada para la que París se constituye en paradigma. Alarcón enjuicia negativamente la influencia que Francia ejerce en la Europa contemporánea. En el curso de las dos revisiones a las que somete su obra, y pese a

<sup>12</sup> En la misma fecha y circunstancias, por cierto, en la que al término de su viaje regresa Alarcón a Madrid, tal como observa Ignacio Javier López en su edición anotada de *El escándalo* (Alarcón, 2013: 182 [n. 15]).

<sup>13</sup> Y para las que da Alarcón motivaciones algo simplistas: sabiendo que resignarse a su desdicha no servirá a los miserables de recompensa en otra vida (pues desde los tiempos del Iluminismo hay conciencia de que otra vida no existe más allá de la muerte), estos optan por reivindicar una mejora material de su existencia (MN 1861: 77, MN 1878: 63-64 y MN 1886: 82-83).

<sup>14</sup> Añade en la edición definitiva este pesimista pronóstico: «Napoleón III, caudillo triunfador en aquella batalla, no supo, sin embargo, aprovecharse de la victoria material, para poner remedio al espíritu de los necesitados y destruir los gérmenes del conflicto, en evitación de tribulaciones venideras, que cada vez serán más formidables...» (MN 1886: 83).

<sup>15</sup> Son los «derechos animales» que ha conquistado la plebe durante el Segundo Imperio: «Napoleón III ha hecho todo lo contrario. Negando como negaba al pueblo sus derechos *políticos*, que a lo menos son una cosa digna por lo inmaterial, ha reconocido en él los derechos *animales*, y perdonadme la expresión aunque os parezca dura. Napoleón está dando de comer al pueblo hace diez años, como se da de comer a las bestias. El obrero no busca trabajo: se lo da el Emperador. El pan no sube para el obrero: cuando sube, los ricos pagan el exceso de precio y el obrero sigue comiéndolo barato. Así trabaja un buey y así se le da el pienso. Este remedio empírico no hace sino aumentar el materialismo grosero de aquella raza embrutecida. Napoleón ha convenido con la vil filosofía de la plebe en que lo esencial de esta vida se reduce a comer bien» (MN 1861: 79).

que el Segundo Imperio es ya para entonces un período que queda anclado en tiempos pretéritos, no cambia su visión ni el sustrato ideológico que continúa siendo la base que da fundamento a la tesis de su diario de viajero: la propagación de una transformación social nociva que se remonta al Enciclopedismo, que prosigue con Bonaparte y que culmina con una era de progreso materialista a la que Napoleón III ha contribuido de manera decisiva. Son todos ellos factores que juzga determinantes en el proceso trabajoso que ha llevado a la Unificación italiana, que ha suscitado la cuestión del pontificado romano, determinando el final de un Estado teocrático, y que ahora amenaza con arrastrar a una España que, hasta aquel momento, se había mostrado impermeable a toda influencia procedente del exterior. La francofobia de Alarcón es, de hecho, una corriente de caudal creciente en el curso del tiempo.

Una y otra vez, a lo largo de su estancia en Francia, el guadijeño revisa con examen crítico el concepto de *civilización*, al que al final de su vida se aproxima con frecuencia armado con una dosis de ironía de progresiva intensidad:

MN 1861	MN 1878	MN 1886
[47] [la <i>entretendida</i> es] la esposa, según la <i>civilización</i> ; la esposa, según la naturaleza.	[35] [la <i>entretendida</i> es] la esposa, según la <i>civilización</i> ; la esposa, según la naturaleza; todo lo contrario de la esposa del cristianismo.	[44] [la <i>entretendida</i> es] la esposa, según la <i>civilización</i> ; la esposa, según la naturaleza; todo lo contrario de la esposa según el cristianismo, con que suelen contentarse los españoles.

El desarrollo civilizado de Francia frente al atraso de España (v.s. MN 1861: 19) constituyen los elementos de un binomio que contrapone dos modelos de sociedad, algo de lo que se hará eco en el transcurso del entero texto. En la sucesión de revisiones, se omitirán en cambio aquellos pasajes en los que Alarcón se expresaba con mayor radicalismo y con expresión más airada, buscando ahora la contención estilística. Así procede con el siguiente fragmento, que se encuentra tan solo en la primera de las entregas:

Yo niego con todas las fuerzas de mi alma las ventajas de la llamada civilización, pero no se me ocurre nada con qué sustituirla. Yo os anuncio a gritos que vamos por un camino de perdición, pero sé que no podemos detenernos. Yo os he dicho que las abominaciones de lo pasado no eran tan desconsoladoras ni tan terribles como los bienes conquistados por la revolución, pero aunque se pudiera ¡yo no quisiera que volviérais a lo pasado! «No hay esperanza», os digo con las lágrimas en los ojos. «No tenemos padre», os repito con los niños del poema de Juan Pablo<sup>16</sup>.

¡Oh!... En España no siente todavía el espíritu la dolorosa angustia que experimenta en París y el parisiense mismo no se da ya completa cuenta de su miserable estado. Es menester ir de nuestra tierra, donde el alma no ha perdido aún todos sus dominios, para poder apreciar el gran vacío que la civilización ha hecho en la existencia humana (MN 1861: 82).

Este extenso pasaje, en el que lleva a cabo el balance final de su experiencia parisina, con un énfasis muy marcado en el *yo* narrador, unido a un agresivo tono apocalíptico, no dejará huella en ediciones sucesivas. Así como se omitirá, a partir de 1878, el extenso prólogo de la primera edición en que condensaba Alarcón su actitud ideológica al tiempo que, como advierte

---

<sup>16</sup> Jean Paul era el pseudónimo con que firmaba sus obras el escritor bávaro Johann Paul Friedrich Richter (1763-1825). Hace referencia Alarcón a su «Discurso del Cristo muerto», en el interior de la novela *Siebenkäs* (1796-1797).

Miralles García (2011: 85-86), intentaba contraargumentar por anticipado las previsibles censuras de sus críticos.

De igual modo advertimos cautela al reformular todas aquellas invectivas *ad hominem*, de carácter casi personal, con que el autor censuraba a los parisinos. Muchas de las consideraciones nada halagüeñas sobre los vecinos franceses singularizan aquella primera edición. Así la pincelada que se halla en las páginas iniciales y donde, viajando a Marsella a bordo del *Philippe-Auguste*, observa con atención a los pasajeros de aquella nacionalidad y que en todas las ocasiones muestran ser individuos «lógicos y utilitarios; hombres de talento y talentos materialistas» (MN 1861: 11). En algunos casos tales valoraciones se mantienen aún en 1878 (mitigándolas en parte), pero años más tarde las sacrifica en su edición definitiva del texto, especialmente cuando su comentario sarcástico atenta por lo demás contra el estamento militar:

#### MN 1861

[37] En la misma orilla se ve el Palacio de la Legión de Honor, que es, como quien dice, el Ministerio de la Gloria, de esa divinidad que es para los franceses casi tan indispensable como el dinero.

#### MN 1878

[25] En la misma orilla se ve el Palacio de la Legión de Honor, que es, como quien dice, el Ministerio de la Gloria.

#### MN 1861 y 1878

[1861: 37 y 1878: 27-28] Por tan corta cantidad anduve [en ferrocarril] dos leguas muy cómodamente, en compañía de señores condecorados, ya con el botón, ya con la cinta de la *Legión de Honor*, condecoración que tienen hoy la cuarta parte de los franceses y que no dejan de ostentar ni un solo instante, a veces duplicada y hasta triplicada, según las prendas que constituyen su vestido.

#### MN 1886

[34] Por tan corta cantidad anduve [en ferrocarril] dos leguas muy cómodamente, en compañía de muchos señores con sombrero de copa y condecorados.

En 1886 omitirá también sus encuentros con aquellos personajes que propician descripciones de naturaleza caricaturesca, mediante las cuales satirizaba al estereotipo de ciudadano francés culto y chauvinista. El episodio más llamativo es sin duda el protagonizado por el pasajero de ferrocarril con el que el guadijeño comparte trayecto desde Marsella hasta Lyon, cuya cansina conversación rezuma arrogancia respecto a una imagen falseada de España y ante la que Alarcón se siente impotente para refutar la larga retahíla de despropósitos:

#### MN 1861

[21] Mucho se ha escrito y hablado acerca del absurdo juicio que tienen formado de España los extranjeros; y motivos había para creer que, siquiera últimamente, gracias a la rapidez de las comunicaciones y a la prodigiosa multitud de medios de publicidad, hubiesen rectificado algo sus ideas. Pero yo me encontré con un buen señor muy rico y civilizado, que educaba a sus hijos en los primeros colegios de París, que había estado en Inglaterra y Alemania, que mantenía relaciones

#### MN 1878

[11-12] Mucho se ha escrito y hablado acerca del absurdo juicio que tienen formado de España los extranjeros; y motivos había para creer que, siquiera últimamente, gracias a la rapidez de las comunicaciones y a la prodigiosa multitud de medios de publicidad, hubiesen rectificado algo sus ideas. Pero yo me encontré con un buen señor muy rico y civilizado, que educaba a sus hijos en los primeros colegios de París, que había estado en Inglaterra y Alemania, que mantenía relaciones

comerciales con toda Europa, que había sido alcalde en Lyon (la segunda capital de Francia) y que ignoraba, sin embargo, la manera de ser política y social de España, ni más ni menos que nosotros podríamos ignorar la del Japón o la de una horda de kua-kua establecida en los desiertos africanos.

De las preguntas y observaciones que me hizo deduje yo que el insigne comerciante creía que en nuestro país no se usaban pantalones, que su población se componía de frailes y toreros, que solo se viajaba en él a caballo y en grandes caravanas, que la guerra de África había consistido en que el emperador de Marruecos se creía con derechos a la corona de Isabel II y otras muchas cosas por el estilo que siento no recordar ahora. Ya comprendéis que ni el hombre de más buen humor tendría calma para deshacer uno a uno tan groseros y fundamentales errores. Yo le dije que *sí a todo* y me dormí. «Él mismo me vengará —pensé para consolarme— poniéndose en ridículo el día que cuente delante de franceses ilustrados todos esos disparates que le dejo dentro de la cabeza».

comerciales con toda Europa, que había sido alcalde en Lyon (la segunda capital de Francia) y que estaba, sin embargo, tan en ayunas acerca de las cosas de España, como yo pueda estarlo acerca de las cosas del Japón.

Dígoles porque de las preguntas y observaciones que me hizo deduje que el insigne comerciante creía: 1º que en nuestro país no se usaban pantalones; 2º que la población se componía de frailes y toreros; 3º que solo se viajaba en él a caballo y en grandes caravanas; 4º que la guerra de África había consistido en que el emperador de Marruecos alegaba derechos a la corona de Isabel II y otras muchas cosas por el estilo que siento no recordar ahora.

Yo le dije que *sí a todo*. ¿Qué mejor castigo de su ignorancia que la ignorancia misma?

La impresión general, y que sufragan estos fragmentos que acabamos de documentar, es la de que en su última reescritura de *De Madrid a Nápoles* Pedro Antonio de Alarcón ha querido legar a los lectores del futuro un texto despojado no solo de aquellas consideraciones más circunstanciadas en la coordenada temporal del viaje, sino también de las pinceladas más ácidas y sarcásticas. Algo que guarda relación con la omisión de expresiones despectivas referidas a los franceses al revisar el cuento «El carbonero alcalde» en el paso a la edición final de las *Obras completas* (Montesinos, 1977: 132). Choca tal tendencia con el creciente antisemitismo que registramos en MN, más intenso por tanto en la edición definitiva con la que se ha difundido el texto hasta nuestros días (Liberatori, 1981: 67 [n. 97]); aspecto que ilustramos en el retrato hiriente de los pasajeros judíos que viajan, rumbo a Marsella, a bordo del *Philippe Auguste*:

**MN 1861**

[13] Vivaqueaban también allí unos veinte *bíblicos de decadencia*, vulgo judíos, con sus estrambóticos trajes y miserables rostros.

En otro lado callaban y no comían siete árabes, vestidos a la tunecina.

**MN 1878**

[6] Vivaqueaban también allí unos veinte judíos, con sus estrambóticos trajes y miserables rostros.

En otro lado callaban y no comían siete mahometanos, vestidos a la tunecina.

**MN 1886**

[7-8] No lejos de ellos [de los zuavos], roían mendrugos de pan algunos judíos, cuyos miserables rostros, continuo charloteo y sucios y estrambóticos trajes infundían aversión. En otro lado callaban, y no comían, siete mahometanos vestidos a la tunecina, de aspecto grave y decoroso.

La caricatura degradante se contrapone a la maurofilia característica de Alarcón, que se intensifica en 1886 mediante la elección medida de adjetivos calificativos que se añaden al retrato de grupo.

CONCLUSIONES: El cotejo del texto del Libro 1 de MN en las tres distintas ediciones pone al descubierto el celo con que Alarcón llevó a cabo las respectivas tareas de revisión. Rectificar, enmendar, evitar anacronismos, actualizar, atenuar comentarios sarcásticos, y también moldear y limar excesos postrománticos para adaptar la expresión a un canon estético que propiciara la persistencia del texto, son algunos de los motivos por los que Alarcón sometió su texto a la labor concienzuda de reescritura que hemos ilustrado. Sobre todo en la refundición de 1886, cuando dejó listo el texto definitivo para su inclusión en la serie de sus obras completas (la *vulgata orthodoxa*, en feliz denominación de Montesinos [1977: 257]). Aunque las variantes son muy numerosas, apenas se advierten cambios en su actitud recelosa frente a los nuevos patrones que terminan imponiendo una huella laica a la sociedad, susceptible tan solo al racionalismo pragmático, materialista y deshumanizador. Con una importante salvedad: era todo ello un temor en otoño de 1860; veinticinco años después se convirtió, para el escritor de Guadix, en certeza y la evocación escrita de la estancia parisina se alteró. Tanto la condena de una colectividad decadente como la nostalgia por un modelo teocrático se reafirman en la versión final, en la que el autor ya no enmascara convicciones religiosas que fluyen ahora de manera explícita, sin propósito de celar a los lectores póstumos su desencanto ante una sociedad que ha perdido una guía espiritual. La amargura creciente de Alarcón se manifestó con mayor contención formal, y con el paso de los años el texto se fue despojando de los lamentos jeremíacos que caracterizaban la primera redacción del texto.

Lejos de atenuarse, la actitud crítica de Alarcón ante la sociedad contemporánea se exacerbó en los años finales de su existencia. Nada casualmente, pues para cuando decidió consagrarse a la tarea de revisión definitiva del texto, el conflicto social se había agravado y anticipaba el estallido de la violenta lucha de clases en el continente europeo. Una y otra vez el escritor accitano atribuía en 1886 la responsabilidad al país vecino, haciéndose cada vez más intensa su galofobia<sup>17</sup>. En el curso del tiempo los recelos que le había suscitado la Francia de 1860 hallaron confirmación, de modo que en la versión última se acentuó el negativismo con el que describía a aquellas clases burguesas parisinas que alejándose de los valores morales, sometiéndose al materialismo y renunciando a convertirse en patrón ético para las clases desheredadas de la segunda mitad de siglo, terminaron favoreciendo la agresividad revanchista de una clase obrera que había generado aquella sociedad industrial de la que se sentía ya completamente desvinculado. A los lectores póstumos legaba Alarcón, en definitiva, su visión más agria y nihilista.

---

<sup>17</sup> Al respecto mostramos desacuerdo con la tesis de Miralles (2011: 88), para quien se atenúa en 1886 la crítica antifrancesa de Alarcón a medida que este advierte la decadencia del poderío francés en las últimas décadas del siglo.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

### BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA

Alarcón, Pedro Antonio de (1861), *De Madrid a Nápoles*, Madrid, Impr. y Libr. de Gaspar y Roig.

Alarcón, Pedro Antonio de (1878), *De Madrid a Nápoles*, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar Editores.

Alarcón, Pedro Antonio de (1886), *De Madrid a Nápoles*, Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull.

Alarcón, Pedro Antonio de (1943), «Historia de mis libros», en *Obras completas de D. Pedro A. de Alarcón*, edic. y comentario preliminar de Luis Martínez Kleiser, Madrid, Ediciones Fax, pp. 3-28.

Alarcón, Pedro Antonio de (1984), *Obras olvidadas*, edic. de Cyrus DeCoster, Madrid, José Porrúa Turanzas.

Alarcón, Pedro Antonio de (2013), *El escándalo*, edic. de Ignacio Javier López, Madrid, Ediciones Cátedra.

### BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

Catalina, Mariano (1943), «Biografía de D. Pedro Antonio de Alarcón», en *Obras completas de D. Pedro A. de Alarcón*, edic. y comentario preliminar de Luis Martínez Kleiser, Madrid, Ediciones Fax, pp. 1897-1913.

Lasheras Peña, Ana Belén (2010), *España en París. La imagen nacional en las Exposiciones Universales (1855-1900)*, Santander, Universidad de Cantabria.

Liberatori, Filomena (1981), *I tempi e le opere di Pedro Antonio de Alarcón*, Napoli, Istituto Universitario Orientale.

Liberatori, Filomena (1985), «La Italia de 1860-61 a través de P.A. de Alarcón», en *Estudios románicos dedicados al Prof. Andrés Soria Ortega*, edic. de Granada, Universidad de Granada, pp. 303-316.

López, Ignacio Javier (2008), *Pedro Antonio de Alarcón (prensa, política, novela de tesis)*, Madrid, Ediciones de la Torre.

López, Ignacio Javier (2013), «Itinerario político e ideológico de Pedro Antonio de Alarcón», *Siglo diecinueve*, 19, pp. 195-213.

López, Ignacio Javier (2014), «Introducción», en Pedro Antonio de Alarcón, *El Niño de la Bola*, Madrid, Cátedra, pp. 11-100.

Miralles García, Enrique (2011), «Las reescrituras de Pedro Antonio de Alarcón en su libro de viaje *De Madrid a Nápoles*», *Salina*, 25, pp. 85-104.

Montesinos, José F. (1977), *Pedro Antonio de Alarcón*, Madrid, Castalia.

Soria Ortega, Andrés (1951), «Ensayo sobre P.A. de Alarcón y su estilo (1)», *Boletín de la Real Academia Española*, 31, pp. 45-92 y 461-500.